

Lector@s
Colección dirigida por Graciela Batticuore

SYLVIA MOLLOY

CITAS DE LECTURA



Buenos Aires

Molloy, Sylvia

Citas de lectura / Sylvia Molloy. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ampersand, 2017.

76 p.; 20 x 12 cm. - (Lector&s / Batticuore, Graciela; 4)

ISBN 978-987-4161-04-8

1. Lectura. 2. Literatura. 3. Cultura. I. Título.
CDD 807

Fecha de catalogación: 13/9/17

Colección Lector&s

Primera edición, Ampersand, 2017.

Derechos exclusivos de la edición en castellano reservados para todo el mundo.

Cavia 2985 (C1425CFP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

www.edicionesampersand.com

© 2017 Sylvia Molloy

© 2017 de la presente edición en español, Esperluette SRL,
para su sello editorial Ampersand

Edición al cuidado de Renata Prati

Corrección: Ana Mosqueda y Renata Prati

Diseño de colección y de tapa: Tholon Kunst

Maquetación: Tomás Fadel

ISBN 978-987-4161-04-8

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

Imprenta: Gráfica MPS SRL

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante el alquiler o el préstamo públicos.

Al lector con el libro en la mano

UN POSIBLE COMIENZO

Me gustaría creer que el primer libro que leí de chica fue en español pero pienso –casi sé– que no fue así. Ignoro la razón de este deseo, acaso ya entonces intuía que escribiría principalmente en esa lengua y ahora, retrospectivamente, busco en vano un punto de partida, algo que sirva para anclarme. Aunque pensándolo bien lo dudo; de haber sido en español, pienso que me quedaría algo de esa primera lectura, algún placer, algún miedo que la cimentara. Pero no me queda nada, salvo el deseo de inventar una premonición. O, más sencillamente, de marcar un comienzo.

Pero tampoco puedo decir que el primer libro que leí de chica *no* fue en español. Ni que era con toda certeza en inglés. En todo caso prefiero pensar que ya entonces se daba en mí un vaivén de lectura, un estar entre lenguas que es mi vida misma.

Este libro recuerda encuentros con libros que por alguna razón, profunda o frívola, me acompañan hasta el día de hoy. Al anotar esos recuerdos posiblemente los amplíe, acaso los invente. Reunidos constituyen mi tránsito –mi vida– a través de la lectura. O de la escritura: no hay diferencia.

ESCUCHO LIBROS

Cuando todavía no sabía leer mis encuentros con los libros eran mediados por mi tía, que me los leía en voz alta. Recuerdo una colección de cuentos de hadas clasificada por tradición nacional: cuentos de hadas franceses, ingleses, alemanes y no recuerdo qué más. Durante años recordé mal los títulos de esa colección. En mi memoria eran cuentos de hadas francesas, inglesas y alemanas, es decir que la nacionalidad caracterizaba a las hadas y solo por añadidura a los cuentos. Acaso tuviera algo que ver el hecho de que mi tía, de familia francesa, evitaba los cuentos ingleses porque le parecían demasiado brutales, prueba para ella de que los ingleses eran capaces de cualquier cosa menos de tener hadas.

La opinión, para la chica bilingüe que yo era, me divertiría por lo escandalosa. Para la trilingüe en ciernes resultaba justa: las hadas francesas eran mucho más interesantes, más retorcidas. Las alemanas meramente brutales. No recuerdo que hubiera hadas españolas.

LECTURA Y SUFRIMIENTO

Recuerdo con nitidez dos libros que leí por mi cuenta, no de hadas por cierto sino de animales. Uno, las *Memorias de un asno* de la sádica Condesa de Ségur, "*née Rostopchine*", traducido al castellano, me hizo sufrir como pocos. El otro en inglés, *Little Elephant Comes to Town*, de una tal Doris Estcourt, menos porque mitigaba el sufrimiento con toques de humor. Este elefante ha viajado mucho conmigo y actualmente reside en un cajón de mi mesa de noche, no sé bien por qué, acaso porque fue el primer premio que recibí en el colegio primario.

Solo atino a pensar que los dos libros me cautivaron por su anécdota triste, llena de vagancia, abuso y sufrimiento: nada impresiona más a un chico que ver sufrir a un animal, aunque es preciso aclarar que la crueldad imaginada por Miss Estcourt —maltrato del animal primario en un circo y luego en manos de gitanos— ni de lejos alcanzaba las torturas pergeñadas por la condesa para su burro Cadichon. Con perversa exquisitez, al final de sus respectivos relatos, los autores —mejor dicho las autoras; la flexión del género acaso tenga alguna importancia— "arreglaban todo". Ambos libros terminaban con un *happy ending* optimista, algo atenuado por

la sospecha (aun de chica yo tendía a la imaginación catastrófica) de que el mal podía volver.

Hace poco resolví atreverme a abrir el libro en francés. Estaba segura de donde lo había colocado en mi biblioteca pero por más que lo busqué no lo encontré. Pensé: ya he vivido este momento, me lo habré llevado al campo para leerlo con más detenimiento. Busqué en vano en mi otra casa: tampoco lo encontré. Me preocupó. ¿A quién estará haciendo sufrir ahora la condesa?

EL LIBRO COMO ARTÍCULO DE VIAJE

De chica mis padres solían salir de paseo los sábados a los alrededores de la ciudad, lo que por entonces era todavía casi campo; Escobar, por ejemplo, o Pilar. Mi madre llevaba un calentador y una pavita para hacer el té, mi padre compraba unos sándwiches de miga en la confitería de la avenida Maipú, y yo preparaba una valijita con los libros que pensaba leer en el pícnic mientras mis padres hablaban, o se peleaban, o se quedaban mudos mirando los eucaliptos a la vera del camino. Yo sabía que eran demasiados libros, y así me lo hacía ver mi padre, "mirala a tu hermana que solo trajo el Billiken", pero no lograba convencerme de que con un libro bastaba. Yo pensaba que a lo mejor se descomponía el auto, reníamos que pasar la noche afuera, y corría el peligro de quedarme sin lectura.

El miedo de quedarme sin libro que leer me sigue rondando. Cuando emprendo un viaje en avión siempre lo hago munida de excesivo material de lectura. Aun así, invariablemente, entro en alguna librería del aeropuerto mientras espero el vuelo y compro uno o dos libros más que luego, la mayoría de las veces, no leo. No importa: me siento acompañada y siempre es bueno tener lectura de más por si hay demoras.

ENCUENTROS CLANDESTINOS

De adolescente, el placer de la lectura se me daba sobre todo en inglés. La lectura en castellano era más bien un deber, estaba reservada al colegio, a los libros de texto, a algún clásico tedioso: por ejemplo la *Marianela* de Pérez Galdós. El placer vino más tarde y tuvo mucho que ver con el secreto: me sentaba junto a la mesa de noche de mi madre cuando ella no estaba en el dormitorio y leía fragmentos de los libros que guardaba allí, novelones extranjeros vueltos *best sellers* argentinos de Vicky Baum o de Pearl Buck, traducidos al castellano para un público lector en su mayoría femenino. Curiosamente (o tal vez no) eran lecturas fuertemente marcadas por lo sexual. O más precisamente, yo me encargaba de encontrar los pasajes donde el sexo ocupaba un lugar privilegiado: así una violación en *Cuán verde era mi valle* de Richard Llewellyn, o un capítulo de una novela de Pearl Buck, cuyo título no recuerdo, donde invasores japoneses atrapaban a un muchacho chino *and used him as a woman*, o –mi preferido– el episodio de la *figliata* en *La piel* de Curzio Malaparte. Noto, al pasar, que en dos de estos episodios no se trata solo de sexo sino de violencia y, llamativamente, de homosexualidad. Cuando mi madre se enteró de estas lecturas clandestinas se enojó y

los libros desaparecieron de su mesa de noche. Pero no de mi imaginación.

Los libros que leía mi padre me interesaban menos. Eran por lo general libros de viaje escritos por hombres de acción y, de alguna manera, mantenían vivo el espíritu colonial británico. Su libro preferido era *The Blue Nile* de Alan Moorhead. Yo prefería espiar en la biblioteca materna: era más peligroso, por ende más placentero.

Mi entrada en la literatura inglesa propiamente dicha se dio en el colegio inglés al que concurrí de chica. Allí leímos no diré "todo Walter Scott", como nos quiere hacer creer Sarmiento que leyó cuando joven, pero sí buena parte de su obra, como también de la de Dickens. Esa vastedad de lectura debía su eficacia a un sistema practicado por la entonces directora del colegio, una inglesa eminentemente práctica que nos leía en voz alta mientras nosotros seguíamos su lectura en nuestros respectivos ejemplares. De pronto clamaba: "*Now skip to page 20*" (o 42, o 54, o adonde quería llevarnos) y así procedíamos, saltándonos las partes menos interesantes. En ningún momento pensé que las secciones omitidas podrían contener algún episodio no apto para nuestra edad. La lectura de los textos ingleses del siglo diecinueve no implicaba riesgo: pero sí podía llevar, a las chicas que éramos —y esto lo sabía la directora—, a un profundo aburrimiento.

Volviendo a Sarmiento: pienso que así debía leer, o hacer que leía, "todo Walter Scott", con alguna directora de colegio imaginaria que le indicaba las partes aburridas que debía saltar para poder terminar el libro.

LECTURA Y AMOR

El amor por los libros, el amor a través de los libros, se dio en francés, mi tercera lengua. De adolescente descubrí los *Paris Classiques Larousse*, con sus tapas violáceas que simulaban cortinados de teatro, y leí las tragedias de Racine. No fue descubrimiento mío, aclaro: esta pasión literaria fue mediada por otra, la que sentía por la profesora de francés que me hizo entrar de veras "en literatura" y de quien yo, sin saberlo del todo, estaba perdidamente enamorada. Imitaba impudicamente sus gustos literarios. Así a Cornelle prefería Racine, a Balzac prefería Flaubert, y a Gide prefería Proust (o decía que lo prefería para darle el gusto a Madame). Me acostumbré a la referencia literaria, si me hubieran preguntado quién era el gran poeta del siglo diecinueve posiblemente hubiera dicho sin pudor "*Victor Hugo, hélast!*", citando a Gide. Pero pensándolo bien: ¿quién me lo preguntaría, a mí, chiquilina de quince años?

En mi casa había uno que otro libro en francés, ya restos de alguna biblioteca familiar por parte de madre, ya libros pertenecientes a mi padre que había aprendido el idioma en el colegio. Ocuparían en total un estante de la pequeña biblioteca que tenían en el dormitorio. Allí descubrir un libro de poemas de Paul Gèraldy, mediocre

escritor francés de fines del diecinueve, famoso por sus poemas de amor. *Toi et Moi* era el título de este libro, de llamativas tapas de cuero y madera, y al abrirlo vi que estaba dedicado por mi padre a mi madre y fechado poco antes de que se casaran. Era de algún modo el libro que celebraba el comienzo de su amor y constituuyó para mí otra lectura clandestina, algo incómoda porque revelaba no lo que se decían los personajes de Pearl Buck sino mis propios padres, a quienes imaginaba comunicándose a través de estos poemas en una penumbra que me excluía:

Baisse un peu l'abat-jour, veux-tu? Nous serons mieux.

C'est dans l'ombre que les coeurs causent

et l'on voit beaucoup mieux les yeux

quand on voit un peu moins les choses.

Ce soir je t'aime trop pour te parler d'amour.

Serre-moi contre ta poitrine!

¿Lo leerían en voz alta? ¿Lo susurrarían, para que mi hermana y yo no los oyeramos? En todo caso sería mi padre quien se lo leería a mi madre ya que él, hijo de británicos, hablaba con soltura un francés rudimentario mientras que mi madre, hija de franceses, no hablaba ni una palabra, aunque entendía todo. Suerte de escena primaria, me commueve hasta el día de hoy tanto o más que una escena puramente sexual.

VIVIR LAS LECTURAS

De la lectura como acto de posesión: leo y me apodero de lo que estoy leyendo, es decir, encarno la voz del hablante, adopto su dicción, hago mía su circunstancia, lleno hiatos, invento situaciones, personajes, palabras. Leo y el texto se dirige solamente a mí, no existe sin mi lectura: yo le doy voz, le doy yo. Lo que dice Paul de Man de la autobiografía como acto de prosopopeya es finalmente aplicable a todo libro: con mi lectura doy vida a lo que no la tiene, personifico. Este libro es mío, soy su coproductora, como Pierre Ménard es autor del *Quixote*.

Desde muy chica aprendí gozosa estas apropiaciones. No solo vivía a través de los libros, vivía los libros, los vivía *performance* personal. Creo que desde ese entonces de algún modo se hizo patente en mí, aunque no explícitamente, la noción de pose. Es decir, no solo me identificaba con lo que leía sino que lo *representaba*: leer era actuar, y actuar era ser yo.

Me veo un verano en Córdoba, en un lugar que no era nuestro habitual lugar de verano, un lugar del todo nuevo para mí en el cual no me sentía muy segura. Debo de tener unos diez u once años, estoy leyendo una vida de Chopin para niños. Veranea en el mismo lugar una familia

con un chico más o menos de mi edad, que creo recordar se llamaba Quique. (Puede ser que esté inventando este detalle.) Nos hacemos amigos, le cuento la vida de Chopin que acabo de leer, le encanta, comenzamos a actuarla. Yo soy a la vez directora del espectáculo y Chopin; toco el piano, toso y escupo sangre. Él es Liszt, toca el piano, pero no tose ni escupe. Unas enormes piedras chatas en el jardín del hotel hacen de piano. Creo recordar una dramática huida a caballo, perseguidos por los húsares, agregado vistoso que no creo estuviera en el libro. No teníamos quién hiciera de Georges Sand, mi hermana era demasiado chica y mi amigo de ese verano, a quien nunca más volví a ver, era hijo único.

LEER EL GÉNERO

En las novelas clásicas inglesas que nos hacían leer en el colegio, en Dickens, por ejemplo, escaseaban las protagonistas femeninas. Había, sí, mujeres importantes, incluso inolvidables, como Miss Havisham, la anciana delirante y perversa de *Great Expectations*, quien pobló más de uno de mis sueños. Pero la figura central de estos textos era varón: en general un niño huérfano, menospreciado, desvalido —Oliver Twist, David Copperfield, Pip— que se destacaba por su inteligencia, su infinita paciencia, su tesón, y por qué no, su gracia. Si había niñas protagonistas no las recuerdo, con la excepción de la adolescente Stella (a quien posiblemente recuerde mejor porque Jean Simmons la encarnó en el cine) y de la peligrosamente patética Little Nell de *The Old Curiosity Shop*, de quien decía Oscar Wilde que había que tener el corazón de piedra para no estallar de risa al leer la descripción de su muerte. Más que identificarme con estos personajes o de meramente simpatizar con ellos —hablo de los varones, no de Little Nell— se puede decir que *me los traducía*: los hacía míos o, mejor dicho, los hacía yo. Hasta que no tuve que traducir más. Cuando comencé lo que vendría a ser el equivalente inglés de los estudios secundarios, cambió la literatura. Apareció Jane

Austen pero, sobre todo, aparecieron las hermanas Brontë: apareció Jane Eyre, la primera protagonista mujer a través de cuyos ojos vi el mundo, es decir percibí una manera distinta de relacionarse –de relacionarme– con *lo otro*. Y de desearlo con pasión.

LECTOR Y MAESTRO, IN MEMORIAM

Mis hábitos de lectura cambiaron un verano al borde del Atlántico en la ciudad de Miramar. Tendría yo unos trece años, ya no me interesaban tanto las series para adolescentes que, como mis compañeras de colegio, antes devoraba en inglés. Mis padres habían alquilado una casita en las afueras del pueblo y no en el centro donde solían hacerlo y yo me sentía desorientada. Vino a pasar unos días con nosotros uno de mis primos por parte de padre, es decir uno de mis primos “ingleses”. Era mayor que yo, pelirrojo, muy lindo, y había venido desde Buenos Aires en motocicleta cargando una mochila. La familia se reía de él porque, decían, no podía vivir sin tener un libro cerca. De chico tenía prohibido leer durante las comidas en familia. De grande comía solo, con un libro delante del plato.

Yo quería lucirme ante él pero no lo conseguía. Charlie era implacable, con la arrogancia que puede tener un muchacho de veinte años que ya ha leído lo que algunos tardan una vida en leer. Se burlaba de mis lecturas; concretamente de la serie de Nancy Drew, *girl detective*. Charlie me informó que se encargaría de hacerme leer literatura de verdad en lugar de esas pavaditas: “*grow up, kid!*”, me dijo, “*¡leé poesía!*”. (Yo no leía poesía, la aprendía

de memoria en el colegio: no es lo mismo que leer.) Cuando vació el contenido de la mochila en la cama que le había tocado vi que él también viajaba con libros, y con muy poca ropa. "Mañana vamos a leer juntos un poema de este libro", me dijo. Era la poesía de T. S. Eliot que, en efecto, leímos juntos diariamente durante su breve estada.

Consero ese libro. En la primera página, en la esquina superior derecha, está mi firma con indicación de lugar y fecha: *Paris, 1959*. Me sorprende ver que mi firma no ha cambiado desde entonces. Más abajo, en el centro de la página, hay una notación entre paréntesis a lápiz, también mía, con letra levemente distinta: (*Charles Swain, Miramar on or about 1952, I. M.*). Me pregunto ¿cuál de las dos inscripciones habrá venido primero? ¿El acto en que tomo posesión del libro firmándolo, en París, adonde me lo he llevado? ¿O el registro del legado de mi primo, donde evoco aquellas vacaciones *on or about 1952* y también dejó constancia de su muerte, *In Memoriam*, pero no de la fecha?

De la lectura diaria de Eliot que hicimos juntos Charlie y yo no recuerdo gran cosa, solo algunos versos sueltos de "Rhapsody on a Windy Night" que me divertían, "*The lamp hummed: / 'Regard the moon, / la lune ne garde aucune rancune [...]'*", y el descubrimiento de que se podían mezclar las lenguas impunemente cuando fuera necesario, y mezclar citas de otros escritores dentro del texto propio, descubrimiento que ha animado mi escritura a lo largo de mi vida.

Última pregunta que este libro que ahora hojeo nunca me contestará: ¿cómo llegó a mis manos? ¿Me lo habrá regalado mi primo aquel verano? ¿Lo habré heredado? Sé qué cuando nos avisaron que había muerto fui a la casa, todavía no habían pasado a recoger el cuerpo, mi

tía me llevó a verlo: estaba en la cama, lindo como siempre, y parecía dormido. Creo también que mi tía me dijo que eligiera un libro de Charlie para llevarme de recuerdo, "*you like to read as much as he did*". Quizá haya elegido este libro porque me traía tantos recuerdos; o porque me enseñó a leer poesía. Pero puede ser que me inventando.

De todos modos es evidente que Eliot dejó alguna marca en mí. Recuerdo que en uno de mis primeros intentos de escritura, como me costaba arrancar en español, recurrí a la cita y la parodia: "*You've missed the point completely, Julia: / There were no tigers. That was the point*". No sé cómo seguiría mi texto en español ni qué hacía con los tigres, por suerte el resultado de ese laborioso experimento no sobrevivió.

RECONOCIMIENTO

En el colegio inglés donde pasé buena parte de mi infancia y adolescencia era habitual dar un premio a la alumna que sacara las mejores notas en el examen que marcaba el final de los estudios secundarios. Este premio se lo otorgaba la *Overseas School Certificate* por la Universidad de Cambridge, adonde se enviaban los exámenes para que los corrigieran. Luego la universidad, a través del British Council de Buenos Aires, otorgaba un premio al mejor examen: un libro que podía elegir la estudiante premiada. Fue mi caso. No tuve necesidad de pensarlo dos veces: pedí los cuentos completos de Katherine Mansfield. Mi compañera de banco, sospecho que con una buena dosis de celos, frunció el ceño y me dijo que no le parecía una elección muy seria, que si le hubiera tocado a ella habría elegido los *Canterbury Tales* de Chaucer. Igual desconcierto parece haber despertado mi elección en la profesora que administraba los exámenes, "no sé que van a pensar en el British Council" musitó, aunque al ver que yo no cedía respetó mi elección. Todavía tengo el libro cuyos cuentos leí muchas veces, sobre todo uno del que recuerdo un momento de éxtasis amoroso que de pronto frustra un reconocimiento insólito.

Así, por lo menos, creía recordar “Bliss”. Lo real hace poco, lo encontré demasiado explícito, hasta ríspido. Lo recordaba sutil, con un desenlace –el descubrimiento de que el marido tiene una relación con la mujer de quien ella misma, sin saberlo del todo, está enamorada– parecido a esos finales de Clarice Lispector donde la pérdida de la ilusión hace que el personaje vuelva a su enajenación habitual. “La imitación de la rosa”, pongamos por caso. Y pienso también, con cierta trepidación: ¿llegará el momento en que relea los cuentos de Clarice y ya no me impresionen?

DEGUSTACIÓN DE LA LETRA

Desde chica, y aun cuando fuera, como solían decir, mañera para comer, me gustaba leer libros de cocina. Me divertía imaginar las mezclas, los cambios de color y de textura, las transformaciones a través del calor y del frío; acaso fue en parte por eso que años más tarde ingresé en la carrera de Química. Sobre todo me divertían esas variaciones cuando se trataba de ingredientes de cuya existencia solo sabía por los libros porque se comían rara vez en mi casa: hinojo, pongamos por caso, o salsifí, o nabbo. Degustaba estas cosas en la letra impresa, no en mi plato de comida, donde un nabbo no habría sido legumbre prometedor sino, simplemente, un nabbo.

Desprovistos de toda realidad, los ingredientes aparecían en los libros de cocina nimbados por un aura atractiva y algo *louché*. Recuerdo que el primer libro que hojeé, de chica, fue un recetario del frigorífico *La Negra de Buenos Aires*, libro de tapas oscuras que ostentaba una mujer negra de perfil en la portada, caricatural hasta lo ofensivo, con un pañuelo rojo con pintas blancas que le sujetaba el pelo enmotado, labios gruesos y rojos y los dientes relumbrantes.

Mi lectura era, mirándolo bien, un acto levemente transgresivo: mi padre era gerente de otro frigorífico, rival

de La Negra, que se llamaba, sin mucha imaginación, La Blanca. Pero La Blanca no publicaba recetario y La Negra sí. El libro reunía algunas recetas con nombres franceses que yo ya había oído en mi casa, producto sin duda de la cocina de mi abuela materna, así esas carnes “à la Villeroi” o “à la Crapaudine”. Pero también ofrecía recetas algo macabras, como esos pajaritos que debían estar “bien limpios” antes de pasar a reforzar un plato de polenta; o esos caracoles que durante tres días había que mantener “vivos en un cajoncito con afrecho, completamente cubiertos y el cajón tapado con alambre para que no se escapen” para luego echarlos “vivos en una cazuela” y “se ponen a cocer”. Los diminutivos *pajarito* y *cajoncito*, última morada, este último, de los gasterópodos antes de ser ingeridos, me parecían particularmente patéticos.

Mi gusto por los libros de cocina, mis lecturas de recetas, a menudo mientras almuerzo algún sándwich anodino, recetas que nunca pondré en práctica, continúan hasta hoy. De vez en cuando doy un paseo por las ayudas páginas de un muy frecuentado Escoffier – aunque no creo haber intentado ninguna de las complicadas recetas de este “rey de cocineros y cocinero de reyes” – y me divertí con alguna observación imperiosa. Así, al final de la receta de cómo hervir chauchas, la nota al pie, misteriosa y tajante: “Evitar a todo precio añadir perejil a las chauchas con manteca”. Recuerdo que una vez le pregunté a una amiga francesa el porqué de esta misteriosa interdicción. Me contestó que no sabía pero (acaso por orgullo nacional) enseguida agregó que, pensándolo bien, le parecía “*tout à fait juste*”.

VOCACIÓN

Hacia el final de mis estudios secundarios llegó el momento de decidir qué carrera iba a seguir. Estaba convencida de que quería estudiar medicina: la fantasía se había vuelto vocación después de un experimento en clase de zoología en la que me había tocado disecar una ranita muy linda, muy verde. (El hecho de que después de dicha operación no supe qué hacer con la ranita cuyo corazón seguía latiendo y terminé pinchándolo con el bisturí para que se muriera de una vez no pareció impresionarme adversamente: iba a ser cirujana.) Pero también me tentaba la arquitectura o alguna carrera de diseño. Las opciones no podían ser más distintas y a mi madre ninguna le pareció buena. Desechó las dos últimas con gesto desdenoso, te gustará dibujar pero tus dibujos son bastante mamarrachientos. En cuanto a la primera, le pareció más respetable pero igualmente desechable por otras razones: no podés ocuparte de un marido e hijos y a la vez ser cirujana, mejor estudiará química y te buscás un trabajo de medio día.

Mi paso por la Facultad de Ciencias Exactas fue breve. El primer mes dejé caer una gota de bromo de una probeta sobre el dorso de la mano derecha que me dejó una cicatriz que aún tengo. En el tercer mes, dos días

después de un parcial, me llamó el jefe de trabajos prácticos a su oficina: "Se sacó la mejor nota, Molloy, pero usted no está contenta aquí", me dijo. "Además la veo siempre con un libro a cuestas, ¿qué está leyendo ahora?" "El rojo y el negro", aventuré turbada. "A mí me gusta más *La cartuja de Parma*", me contestó. Y luego: "¿Por qué no se va, Molloy?" Pensé: me está dando permiso para irme. Pensé: a este hombre le pasó algo parecido pero no le dieron permiso. Pensé: quiero explicarle por qué me gusta más *El rojo y el negro*. Pero solo atiné a darle las gracias y a salir del despacho.

En el camino de vuelta a casa me invadió el miedo: qué iban a decir mis padres. Ante mi sorpresa no se inmutaron y aceptaron el consejo del jefe de trabajos prácticos a quien agradezco mentalmente hasta el día de hoy. Se llamaba Héctor Pozzi. A la semana quedó claro que estudiaría literatura. No miré nunca para atrás.

De vez en cuando miro la cicatriz que me dejó en la mano derecha la gota de bromo. Casi un trofeo de guerra.

LITERATURA Y COTORREO

Después de abandonar las ciencias exactas por la no tan exacta literatura, me presenté a una beca para cursar estudios universitarios en Francia. La gané, crucé el Atlántico con un baúl lleno de libros, y cuando llegué a París, como Rubén Darío a quien leería más tarde, "creí hollar suelo sagrado". Me inscribí en la carrera de Letras Modernas. El resto, como dicen, es historia.

Recuerdo poco de los cursos, alguno que otro descurrimiento, pero en general el acercamiento crítico era filológico y aburrido. Se empezaba con Villon, se terminaba con Claudel y el criterio era puramente cronológico: esto ocurría bastante antes de 1968 aunque ya se empezaban a sentir los cosquilleos de la nueva crítica y se vislumbraba, sin duda con exceso de optimismo, *l'imagination au pouvoir*. Los cursos eran, en general, previsibles, así como las lecturas. Guardo sin embargo el recuerdo de un libro raro, del que nunca había oído hablar y del que todavía me quedan rastros aunque nunca lo volví a leer. *Les Épîtres de l'Amant vert* era un largo poema de fines de la Edad Media escrito por Jean Lemaître de Belges, poeta cortesano al servicio de la princesa Margarita de Austria. En la ausencia de esta dama, y en un descuido de la servidumbre, su mascota, un lorito

verde, fue devorado por uno de los perros. Para paliar la pena que sin duda experimentaría Margarita al enterarse (y acaso para que no se culpara al perro) el poeta cortésano se adelanta y escribe en nombre del loro dos cartas dirigidas a su señora. En ellas el loro, creyendo que la ausencia de su señora es permanente y sintiéndose abandonado, le comunica que la vida sin su presencia no merece ser vivida y le anuncia que se suicidará no bien termine la carta, arrojándose a las fauces convenientemente abiertas de su mastín.

Oír hablar a un loro no es del todo insólito, sobre todo cuando repite las inanidades que se le han enseñado. Pero oírlo hablar en verso y lo que es más, oírlo describir para beneficio de su señora, en impecables decañabos, el inequívoco placer que sentía cuando la veía desnuda ante el espejo cada mañana, antes de vestirse, sí lo es. Creo que por eso ha perdurado este lorito verde en mi memoria más que muchos otros textos que leí en esa época.

LEER EN TRADUCCIÓN

Llegó el momento de escribir mi tesis doctoral y todavía no había elegido tema. Sabía tan solo dos cosas: el campo en el que quería trabajar (literatura comparada) y el profesor que quería guiara mi trabajo pese al miedo que me inspiraba: Étiemble. Solo me faltaba el tema.

Mi primera entrevista con mi futuro director fue desconcertante. Cuando se enteró de que me interesaba la traducción y que había hecho alguna investigación sobre traducciones de escritores argentinos al francés, se ablandó, pareció interesarse, y me dijo "*voilà*, ya tiene tema: escriba sobre la recepción de la literatura hispanoamericana en Francia". Intenté decirle, en los pocos minutos que me quedaban de los diez reglamentarios para cada entrevista, que el tema me parecía demasiado vasto, que en realidad yo conocía mejor la literatura francesa, que había leído desde luego a escritores argentinos pero mi conocimiento de la literatura latinoamericana era algo limitado. Mirando el reloj me contestó con una sonrisa, "*Alors vous l'apprendrez*", y poniéndose de pie me dio la mano, como para cerrar el trato.

Y así fue. Por un recorrido previsiblemente tortuoso —y algo resentido: pensaba que Étiemble de algún modo me había dicho ocúpese de lo suyo y no de lo mío—

empecé la tarea de traducir para mí, igual que Sarmiento. Leía a escritores latinoamericanos, algunos conocidos, otros muchos que nunca había leído, en francés y desde Francia. La experiencia fue curiosa. El remanido Darío, por ejemplo, aprendido en el colegio y casi olvidado, cobraba nueva vida en el otro idioma y me permitía volver al texto en el idioma original como si fuera otro. Lo mismo ocurría con Güiraldes, para dar otro ejemplo: mi recuerdo no demasiado entusiasta de *Don Segundo Sombra*, lectura obligada del secundario, se me daba ahora en otro contexto, a través de la mirada francesa de su traductor, Valery Larbaud, y de ahí yo podía releer el original con otros ojos. Poco a poco mi tesis se fue transformando en una suerte de laboratorio de lecturas, mías y de otros: en él se me daba la oportunidad de leer de otra manera, es decir de leer libros *otros*, y también de ver cómo se leían los libros una vez que se los *desubincaba*, que se los separaba de su contexto cultural. Así, por ejemplo, aquel crítico y traductor francés que, no percibiendo el afrancesamiento de Darío como un ejercicio de pose irónico y estéticamente distanciador, criticaba al poeta nicaragüense por distraerse con esos juegos fáciles en lugar de escribir sobre "lo suyo": es decir, según este crítico (cuyas nociones de geografía dejaban que desear), "*sa forêt et sa pampa natales*".

Al escribir esa tesis no solo me encontré con libros nuevos: me encontré con maneras de leer distintas de la mía. Lejos de desecharnos como frívolas o erradas, procuré comprenderlas; así, de algún modo, pasaron a ser parte de la mía.

HURTO POÉTICO

En París, y a través de Gide, descubrí el acto gratuito. Lo viví como desafío: para probarme digna del memorable Lafadio, tenía que ser capaz de realizar un acto transgresivo espontáneamente, despojándolo de todo valor moral y obedeciendo a un impulso cualquiera. Sabía que no estaba a la altura del personaje de Gide: por ejemplo, sabía que no sería capaz de empujar a nadie al vacío desde un tren porque sí. Mi acto sería más modesto pero transgresivo al fin.

La ocasión se me dio una tarde en una librería del Barrio Latino. De pie junto a una mesa hojeaba distintos volúmenes cuando, medio distraída, estiré la mano, agarré un libro, y con toda naturalidad lo deslicé debajo del abrigo, suficientemente grueso para que el bulto no se notara. Luego salí muy tranquila, con una mano apoyada firmemente sobre el pecho, como quien de pronto no se siente muy bien; incluso saludé al librero con una sonrisa discreta. Una vez afuera me permití el lujo de detenerme y, con toda naturalidad, mirar de nuevo los libros de la vidriera. Fue entonces cuando ocurrió el percance: el producto de mi hurto se deslizó suavemente debajo de mi abrigo y fue a parar a mis pies. No sé si me vio el librero, no sé si me vio nadie, tampoco recuerdo

demasiado bien qué hice a continuación. En una versión de mi recuerdo vuelvo a entrar en la librería, procurando que no me vean coloco el libro en el lugar que había ocupado en la mesa, elijo otro para disimular, lo compro aunque no me interesa, y salgo con la conciencia limpia. En otra, tranquilamente recojo el libro caído y me voy para mi casa, también con la conciencia limpia. En todo caso, sé que no era un acto gratuito: era un libro que me interesaba y que quería leer, no era un libro cualquiera. Pero a esta altura sí lo es porque no recuerdo de qué libro se trataba.

DAR UNA MANO

La recepción de Borges en Francia fue, por supuesto, parte importante de mi tesis. Pero me extraña no recordar cuándo lo leí por primera vez. Me digo que tiene que haber habido una primera lectura, una primera impresión, por simple que fuera, que algo debería recordar de ese momento, pero mi memoria no lo gra recuperar. Recuerdo, sí, mi primer encuentro con el hombre. Antes de partir para Francia, todavía adolescente, cuando comencé a interesarme por traducciones al francés de ciertos escritores argentinos, fui a entrevistarlos a la Biblioteca Nacional. Amabilísimo, aceptó verme; creo que le divertían las visitas. Por timidez yo había ido con una amiga, como para protegerme. Nos hicieron pasar a una oficina donde Borges nos esperaba, sin vernos, con una gran sonrisa y la mano extendida vagamente hacia donde adivinaba que estábamos. Fuimos al encuentro de esa mano y se la estrechamos.

Retroactivamente pienso que esa fue mi manera de sellar un pacto que todavía no existía con la escritura de Borges, con su *letra*. La conversación fue divertida—comentarios perversos con respecto al endiosamiento de *Don Segundo Sombra*, chismes simpáticos con respecto

a Norah Lange—pero *inconsequential*, como dicen en inglés. O así nos pareció a mi amiga y a mí.

Esto sí lo recuerdo; en cambio no recuerdo el momento preciso en que inauguré mi lectura ya no del individuo sino de sus textos, lectura que no solo habría de impulsarme a escribir sino que cambiaría mi manera de pensar la literatura. Y acaso de pensarme a mí misma. En una palabra, cuando Borges se volvió para mí *consequential*. Pero me adelanto.

LIBRO Y AMISTAD

Pienso que mi primer encuentro con José Bianco se dio a través de un libro ausente: yo era estudiante, estaba trabajando sobre traducción al francés de escritores argentinos, principalmente Güiraldes, y alguien me sugirió hablar con Victoria Ocampo. Fue esa mi primera incursión en el mundo de las letras argentinas. Victoria no estaba, y mientras la esperaba me recibió Bianco, quien me pareció tan encantador y brillante como me pareció aterradora Victoria cuando por fin irrumpió, como valkiria malhumorada, en el escritorio de Bianco. Grieta: lo acusaba de la desaparición de un libro de Jean Giono que se había hecho enviar desde París y que hacía tiempo debía de haber llegado. Asistí entonces, con cierta desazón, a un duelo verbal, tan rico en vociferaciones infantiles por parte de Victoria (“Usted me los ha robado y se lo voy a contar a su madre”), como en ironía por parte de Pepe (“A quién se le ocurre leer a Giono”), duelo que debía ser, pensé, parte del ritual diario de la revista. En un momento Bianco hizo un ademán en mi dirección y dijo: “¿Pero la señorita?” “Me importa un carajo la señorita”, contestó Victoria y salió dando un portazo. Pepe puso los ojos en blanco, con una expresión que habría de verle más tarde miles de

veces (a menudo, aunque no aquella vez, acompañada de la frase "¿Qué me contarás?"), y no dijo nada. Luego siguió conversando, compartiendo generosamente su tiempo y sus comentarios incisivos con una chica tímida a quien no conocía, una chica que se interesaba por un autor que no era, precisamente, santo de su devoción. No me atreví a decirle que a mí tampoco se me había ocurrido leer a Giono; de algún modo sabía de antemano que no me interesaría.

Cuando de veras empezó mi amistad con Bianco, fue también a propósito de un libro, o más bien de un com-partido recuerdo de lectura. Estábamos en una reunión en la que se hablaba de la eficacia de ciertos cuentistas y de pronto surgió el nombre de Katherine Mansfield a quien ya nadie lea demasado. Pero Pepe la recordaba y yo también, gracias al muy frecuentado volumen con el que me habían premiado en el colegio. Pepe empezó a hablar de un cuento cuya protagonista es una mujer que limpia casas por hora y que recibe una mala noticia. De pronto yo también recordé ese cuento, y juntos con Pepe resumimos la conclusión que nos había impresionado: cómo la mujer aplaza su pena hasta terminar de limpiar la casa, cómo se pone el abrigo y cuidadosamente se arregla para salir, y cómo deambula por la ciudad, buscando en vano un zaguán o un lugar apartado donde estar sola para poder llorar.

Varias veces he buscado ese cuento en Mansfield, lo he encontrado, me ha parecido que estaba al borde del sentimentalismo, e igual me ha gustado; y varias veces me he dicho que no olvidaría el título y otras tantas veces lo he olvidado. Será porque siempre para mí será el cuento de la mujer que no tenía dónde llorar y que le gustaba a Pepe.

VIAJAR CON LIBROS

Acepté un puesto en una universidad norteamericana para enseñar literatura latinoamericana, plenamente consciente de que mi conocimiento de dicha literatura dejaba mucho que desear. Pero pensé, como Mary McCarthy al aceptar su primer cargo docente, que siem-pre sabría más que los alumnos y que en las noches pre-vias a la clase tanto ellos como yo leeríamos el libro de turno, tomaríamos notas y nos prepararíamos para la clase, con la diferencia de que mis notas serían probable-mente más sustanciosas que las de ellos.

Previendo una estadía de tres años (que luego se ex-tendió a más de cuarenta) viajé con mis libros. Es decir, los mandé por separado, en un baúl de latón verde a prueba de golpes e intemperies que había adquirido en Francia. Fue difícil elegir qué llevar y qué dejar ya que, era obvio, no podía mudar toda una biblioteca. Opté por llevar los que sentía más míos, lo cual no signifi-caba, necesariamente, aquellos que había leído y que-rido por su contenido. Había, recuerdo, un ejemplar de la primera edición de los *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía*, libro que me había llevado no porque fuera asidua lectora de Girondo sino porque me lo ha-bía regalado su cuñada Chichina, una de las legendarias

hermanas Lange, amiga de mi familia quien, ya muerto Oliverio, se había permitido dedicármelo y firmarlo con su propio nombre, "con lo cual le ha quitado todo valor", decía con placer perverso mi madre. También un ajado ejemplar de *L'Immoraliste* de Gide, vuelto libro de cabecera, el *Toi et Moi* de Géraudy, los poemas de Eliot que ya he mencionado y todavía tengo hoy. Y otros, que sería demasiado largo enumerar.

Fue como trasladarme con la casa a cuestras. La mayoría eran libros franceses, lo cual me valió el minucioso escrutinio de un desconfiado vista de aduana en el aeropuerto donde los fui a recoger. Luego de preguntarme, desdénoso, si yo creía que en los Estados Unidos no había libros, se puso a escarbar en el baúl de lata verde hasta que encontró un ejemplar de los *Tristes Tropiques* de Lévi-Strauss que lucía una foto de un joven indio tupí en la tapa. Excitado, consultó las primeras dos páginas y proclamó: "*This is a Cuban book!*" Fue la primera vez que sentí que ser otro, aunque fuera a través de un libro, podía volverse algo peligroso. Me esmeré en probarle que no, que no era un libro cubano, que era un libro francés de un célebre antropólogo, etc. etc. No lo convencí. El hombre había abierto el libro, visto que estaba en una lengua otra que él desconocía, que la tapa ostentaba un indígena, y que en la primera página había una frase —*tous droits réservés pour tous pays y compris l'URSS*— de la que él solo podía entender el nombre del país enemigo. Un indio en la tapa, la Unión Soviética en la primera página, y yo latinoamericana claramente indicábamos una sola cosa: el libro era cubano y yo, posiblemente, comunista. Pero luego de posar el libro prohibido en una mesa, como prueba irrefutable de mi carácter sospechoso sobre el cual me interrogaría, mi vista de aduana se distrajo. Siguió escarbandando y encontró entre

mis libros un viejo pisapapeles de vidrio dentro del cual había una mariposa disecada. Le dije, con exagerada amabilidad, que era un recuerdo de *my country*, como lo era el libro, *very tropical*. El vista llamó a sus compañeros, "*look here guys what this young lady brought with her*". Sin más entraron mis libros al país bajo el signo del realismo mágico.

Me quedé un año en los Estados Unidos; luego otro; me fui quedando. Durante mucho tiempo guardé la mariposa en el mismo estante en que estaba el indio tupí. Luego la mariposa desapareció. No sé si todavía tengo el libro.

MÁS MARIPOSAS

No hace mucho, en el mercado de la plaza Dorrego, en Buenos Aires, encontré un viejo libro de lectura escolar, bastante ajado, y desde luego lo compré. Era *Mariposas*, libro de primer grado que no me tocó en el colegio porque cuando ingresé a la escuela primaria ya sabía leer. Pero sí había sido el libro donde aprendió a leer mi hermana y, reconociendo la tapa, decidí comprarlo, como quien recupera una reliquia familiar.

Abrirlo me sumió en un mundo olvidado, donde se narraban pequeñas aventuras infantiles, donde los niños eran dulces, donde la indumentaria era semejante a la que yo usaba —o creo recordar que usaba— cuando era chica. Las historias eran suavemente didácticas y tontas, se alababan las buenas acciones, se corregían los defectos, se enseñaba el alfabeto, se atendía a la moral y se deletreaba cada palabra. Pongamos por caso, “Todo niño es lindo / si es un niño bueno; / si Felipe es malo / es un niño feo”.

Pero de pronto, al llegar a la página 22, justo después de una cantilena sobre “los patitos de Tomás” y el siguiente deleite, hay un quiebre: irrumpen otra narrativa y otro estilo de ilustración que no son menos didácticos pero en otra clave. En una página desafiadamente

titulada *TENEMOS*, aparecen ilustraciones de diversas manifestaciones de modernidad y progreso que caracterizaban a la Argentina del momento: edificios comerciales, ferrocarriles, aviones, tanques petroleros y demás, en torno a una imagen de Perón en el centro de la página. El tono del libro cambia, pasamos de un mundo de palomitas y enanos (estros últimos, por alguna razón, abundan en la primera parte del libro) con ilustraciones al borde de lo cursi a imágenes de trazos más seguros, donde aparecen no solo niños sino varios adultos: un obrero, una enfermera, Evita. De pronto, estamos en un mundo que se quiere real. De ahí en adelante se alternan en *Mariposas* el viejo texto con las ilustraciones sensibleras y el texto político no menos sensiblero: de “mi buena manita / me lleva a la mesa; / me da la sopita / y después me besa” se pasa con toda naturalidad a “Es Evita todo afán: / a nadie le falta nada; / todo niño tiene pan / y todos tienen morada”.

Me pregunto si los chicos de primero inferior sabrían qué significaba la palabra *morada*.

LIBRO Y CELOS

De nuevo en la plaza Dorrego, acompañando a amigos extranjeros, recorro los puestos de libros y me dejo tentar. Toco, hojeo, leo un párrafo aquí y allí, pienso que ya tengo demasiados libros, sigo hojeando. Encuentro *Las invitadas* de Silvina Ocampo, una primera edición como la que tengo en mi casa y he leído y releído tantas veces, pero en mejor estado. Pienso que debería comprarla en honor a alguien cuya lectura me marcó de manera decisiva. Abro y veo que está dedicado, con insólita simpática, a un amigo común a quien no veo desde hace tiempo. Pienso: ¿por qué se habrá desprendido Eugenio del libro, será que cuando se hizo cura dejó las lecturas mundanas? Aunque no era pacato, ¿será entonces porque no le cabía ya en la biblioteca cuando se fue al seminario y lo dejó atrás? Pero si es así entonces se arranca la página con la dedicatoria ¿no? ¿Qué hacer con este hallazgo? Me siento interpelada, llamada de algún modo a resolver una solución incómoda, por un momento pienso que mejor será que lo compre como para arreglar un papelón ajeno, luego me da rabia y lo dejo donde está. Yo la quería y admiraba a Silvina y creo que ella me quería a mí, creo además que su lectura me marcó como pocas: pero no tengo ningún libro suyo dedicado.

Al rato vuelvo al puesto. El libro sigue allí. Lo compro. Mejor tener un libro de Silvina dedicado aunque la dedicatoria no sea para mí.

VINE A COMALA

Aprendí la literatura latinoamericana, ya lo dije, enseñándola: lo que no había aprendido mientras escribía mi tesis lo descubrí en las clases. Así para cada curso armaba programas de lectura que reunían escritores que conocía, escritores que no había leído nunca, y escritores que apenas había leído y a quienes quería seguir leyendo. En esta última categoría caía, lo confieso con cierta vergüenza, Juan Rulfo. Había leído algunos relatos de *El llano en llamas* pero no *Pedro Páramo*. Lo puse en el programa.

Acaso me rondara ya la idea del regreso, de la vuelta a casa, que más adelante me interesaría—me perseguiría, mejor dicho— como tema de reflexión crítica y sobre todo de exploración personal. Pienso que no fue casualidad que leyera *Pedro Páramo* al poco tiempo de morir mi padre en un accidente en Canadá y de que me tocara acompañar a mi madre, que sobrevivió, de vuelta a Buenos Aires. Fue como un doble regreso: mi madre volviendo a su lugar, que era ahora una casa vacía; yo acompañándola, volviendo a una casa donde años atrás también había vivido pero de la que creía haberme marchado para siempre. Algo tuvieron que ver estos hechos con la conmoción y los sentimientos encontrados que

sentí poco después al leer *Pedro Páramo*. Juan Preciado protagonizaba un viaje que era también el mío: el viaje de vuelta, viaje que se repitió año tras año hasta que murió mi madre, años en que se me planteaba con frecuencia, ya como tentación, ya como decisión catástrófica, la idea de volver a la Argentina.

Había una diferencia, es obvio; el personaje de Rulfo volvía a un lugar que no era suyo sino de su madre: "Traigo los ojos con que ella miró estas cosas, porque me dio sus ojos para ver". Se trata de un regreso no enteramente suyo, un regreso en lugar del otro. El mío, en cambio, era mío. Aunque pensándolo bien, tampoco lo era del todo. Pese a mis intentos, yo ya no era la que se había ido. Esa nunca volvió.

EL LIBRO COMO PUNTO DE PARTIDA

Sorprendida de lo poco que mencionaban sus lecturas, propuse a mis estudiantes del taller de narrativa que para la clase siguiente escribieran un relato donde un libro, cualquier libro, tuviera un papel preponderante. Los textos que trajeron a clase me resultaron extraños: en todos había un libro, es decir la anécdota giraba en torno a un libro, pero el libro en sí, su contenido, su autor, carecían de importancia. No se abría el libro, no se lo leía, era un objeto más: habría podido ser un objeto cualquiera, un martillo, un florero. Hubo sin embargo un relato que me resultó notable. En él una pareja joven se separa: la mujer acaba de descubrir que su compañero ha iniciado una relación con una amiga de ella y no se lo perdona. Hace sus valijas y se va de la casa llevándose un libro de un autor célebre dedicado a él. Un par de años después se encuentra con el hombre, de quien sabe que ya no está con su amiga; se ha dissipado el enojo, acepta tomar un café con él. Le cuenta que todavía siente culpa porque de pura rabia le robó un libro sabiendo lo mucho que valía para él, dedicado y todo. El hombre sonríe y le dice que no se preocupe; que no era tan valioso, que la dedicatoria se la había puesto él mismo, por puro chiste.

En este cuento el libro se abría, sí. Pero no se iba más allá de la primera página, donde estaba la falsa dedicatoria. El contenido no importaba; tampoco, desde luego, su autor.

IRREVERENCIA

Recorro con frecuencia a Silvina Ocampo, a sus cuentos excesivos, a sus personajes, y sin duda a ella misma, fuente inagotable de literatura. Cuando la leí por primera vez me *desubicó*. (Pienso que el prefijo *des-* cabe para cualquier verbo que se le aplique a Silvina Ocampo, ya a ella misma, para quienes la conocieron, ya a su ficción: ambos *desconciertan*, *desorientan*, dejan al lector, o por lo menos a esta lectora, en otro lugar.) La suya es una escritura que cultivó el desvío como fuente fecunda de creación, que desde un comienzo está, literalmente, fuera de lugar. Implacable, Silvina Ocampo enseña a mirar de otra manera.

Además de leerla, la conocí. Le conté un día que estaba por salir mi primera novela y me preguntó, con su inconfundible enunciación vacilante: “¿Cómo se llama?” “*En breve cárcel*”, le dije. Se quedó pensando, ladeando la cabeza con un gesto muy suyo: “No me gusta”, fue el dictamen. Molesta, le contesté que a mí sí me gustaba el título y que además era demasiado tarde para cambiarlo. Por otra parte, es una cita de Quevedo, le dije, preciosa. “¿Cómo me dijiste que era el título?” me dijo después de un rato, mientras hablábamos de otras cosas. “*En breve cárcel*”, le contesté secamente, ya bastante

irritada. “¡Ah! —me dijo, como aliviada— yo había entendido *En breve cáncer*.”

Nunca me atreví a preguntarle a Silvina si el título real de la novela, *En breve cárcel*, le gustaba. Tampoco me atreví a preguntarle cómo imaginaba una novela que se titulara *En breve cáncer* (¿acaso como anuncio de un acontecimiento, como se anuncia un espectáculo, por ejemplo: “En breve: Cáncer”?). Nunca se lo pregunté, repito, porque temblaba ante los argumentos que se le hubieran ocurrido, disparatados, geniales, llenos de hallazgos, que quizás hubieran hecho que me arrepintiera de haber escrito la novela que escribí y no otra. Lo cierto es que desde entonces, cuando pienso en mi título se me aparece para siempre contaminado con el que Silvina creyó oír (o hizo como si oyera); contaminado fecundamente, con ese rechazo de monumentalidad y falsa seriedad, esa invitación a ver el otro lado, los posibles otros lados de las cosas, que eran tan típicos de ella.

Al oír *En breve cáncer* había aceptado el título tal cual (recuérdese que se trataba de quien tituló uno de sus libros de cuentos *Y así sucesivamente*). No es que *En breve cáncer* le pareciera un disparate, simplemente no le gustaba, como acabó no gustándole su propio *Espacios métricos*, y me lo decía. Había logrado desinflar tanto mi ego como mis pretensiones literarias, no para ponerme en mi lugar —las manióbras autoritarias eran del todo ajenas a Silvina— sino para hacerme ver otras posibilidades, nada más, con esa simplicidad que era una de las formas más complicadas, acaso la más implacable, de su irreverente inteligencia.

DE OTROS USOS DE LOS LIBROS

El inolvidable y querido José Bianco, Pepe para sus amigos, tenía un original sistema de guardar su dinero, sobre todo si era en una moneda más valiosa que la argentina y por ende más deseable. En lugar de guardarlo en una sobre dentro de un cajón recurría a su biblioteca y ponía los billetes directamente dentro de algún libro, cuidadosamente escogido; un clásico, digamos. No sé qué habría detrás de este método, si la elección del libro y de su autor de algún modo prestigiaba ese ahorro o incluso contribuía de modo simbólico a su valorización, como una buena inversión. Lo que sí sé es que a veces los autores le jugaban una mala pasada. Así aquella vez cuando, habiendo puesto el dinero en *La nueva Eloísa* de Rousseau, luego lo buscó en vano en el *Diccionario filosófico* de Voltaire, con creciente inquietud al no encontrarlo, hasta que recordó el destinatario inicial. “Esto me pasa por cambiar y confiárselos de repente a Rousseau”, dijo, como quien se queja de un inversionista inefticaz.

La pregunta que me hago cada vez que comienzo un texto nuevo: ¿a quién le confío mis billetes?

PADRE DEL AULA

Fue héroe de la patria y lectura escolar antes de ser autor que me marcara. Tengo el vago recuerdo de haber leído *Facundo* en el colegio, en la edición de la Editorial Sopena cuyo ejemplar conservo, junto con un igualmente des-tartalado *Recuerdos de provincia*, que también fue lectura escolar; los dos textos me han acompañado a lo largo de mis muchos desplazamientos. De chica Sarmiento me interesaba poco, salvo para contradecir a mi madre y a mi tía, maestras y devotas suyas, que a menudo lo usaban para denunciar algún defecto del peronismo. Y también, debo decir, me gustaba recordar tal o cual escena de *Recuerdos*; el “Cuéntame mi madre”, por ejemplo, en el que por un momento me reconocía: yo, al igual que Sarmiento, ávida inquisidora del pasado de mi propia progenitora.

Muchos años más tarde, cuando me dispuse a escribir un libro sobre la autobiografía en Hispanoamérica, recordé aquella primera lectura de *Recuerdos*, lectura que entonces no había podido compartir con nadie. Libre del *hero worship* escolar, dejé de lado al prócer y volví al Sarmiento lector; al Sarmiento ávido de relatos, maternos o ajenos, quien al encontrarse con libros en lengua extranjera traduce a medida que lee: *traduje para mí*.

No solo recordé ese ejercicio que combina traducción y lectura en un solo acto: lo incorporé como figura alrededor de la cual armé mi reflexión crítica. Así el lector con el libro en la mano, el “traductor” de las minas de Copiapó, el jactancioso que lee a los apurones y cita mal, el apropiador –por no decir plagiarlo– de vidas otras, se volvió uno de mis guías.

OTRO SARMIENTO

Pienso en otro aspecto de *Recuerdos de provincia*. Pienso en la sorpresa que experimenté cuando descubrí, mucho después de mi primer encuentro con *Recuerdos*, que Sarmiento, tan solitario, tan único –por lo menos en la construcción que él mismo hace de sí– había tenido un hermano varón. De hecho, varios hermanos varones, de los que poco se sabe porque murieron de muy chicos. Pero no así uno de ellos: se llamaba Honorio, era tres años mayor que Domingo, y murió a los once años. Sarmiento no lo menciona nunca.

Tomé conciencia, una vez más, de la infinita libertad que experimenta el autobiógrafo, libre de construir su persona –aquello que Gide llamaba su “ser fáctico pre-ferido”– con los datos y las omisiones requeridas para el caso. Sarmiento menciona, sí, a sus hermanas, no así a este hermano discolo a quien, según los apuntes de su hermana Bienvenida, el niño Sarmiento debía acompañar al colegio y, por orden materna, no perder de vista para que no se metiera en líos. El rol del *menor* no era para Sarmiento; por lo tanto suprimió al hermano.

Tampoco parecía ser rol para su público lector: así la empleada del Museo Sarmiento se empeñaba en decirme que los hermanos varones habían muerto todos de muy

niños hasta que le pedí que consultara la libreta de Paula Albarracín.

Pienso: Goethe a los tres años, cuando nace su hermano, arroja la vajilla por la ventana en un ataque de celos. Sarmiento, todavía más brutal, desaparece al suyo.

BORGES, ENCORE

La última vez que vi a Borges le dije que había traducido "La encrucijada de Berkeley" con el título de "Berkeley's Quandary". Le gustó. Le gustó mucho. Me dijo, con su natural gentileza, que sonaba mejor en inglés que en español. También me dijo lo mucho que le gustaban ciertas palabras inglesas (de veras inglesas, decía, no derivadas del latín), palabras que empezaban con *qu*: *quill*, *queasy*, *quake*, *qualm*, *quagmire* (esta en especial le gustaba). Mientras escuchaba cómo las decía, más bien entonaba, como quien declama, tuve la impresión de que todas —*pluma*, *desasossegado*, *tremblor*, *duda*, *atolladero*— de algún modo aludían a su obra.

Fue para mí, efectivamente, maestro de desasosiego, de marginalidad, de oblicuidades, de *traslados*: en suma, maestro de una sociabilidad entre textos para mí del todo nueva. Como uno de esos *confabuladores nocturni* que menciona — "hombres de la noche que refieren cuentos, hombres cuya profesión es contar cuentos durante la noche" — Borges hereda relatos y los vuelve a contar. Así su texto es por excelencia lugar de tránsito, de traducción y de relevo narrativo. Pienso en el comienzo de tantos de sus cuentos: "En Junín o Tapalqué refieren la historia" o "Un vecino de Morón me refirió el caso". El

también
sarmiento
y goethe.

texto borgiano *refiere*, remite a otras representaciones, ya escritas pero siempre por escribir. Lo que dice de Ben Jonson puede aplicársele con creces: "Invadía autores como un rey y [...] exaltó su credo hasta el punto de componer un libro de traza discursiva y autobiográfica, hecho de traducciones, donde declaró, por frases ajenas, lo sustancial de su pensar".*

Borges marca para mí, como ningún otro escritor, las glorias y dificultades de estar en literatura. Me enseñó, como también lo haría poco después Roland Barthes, a escribir mi lectura; me llevó a escribir crítica y ficción de manera diferente y a no ignorar el contacto entre los dos; me enseñó a dialogar con el archivo. Pero digo mal que me enseñó esas cosas; más bien me dio la libertad necesaria para que las aprendiera.

En 1972 volví a París con el propósito de terminar un libro sobre él. En mi nuevo ambiente descubrí que me costaba hacerlo y decidí —llevada por un acontecimiento imprevisto que perturbó el orden de las cosas— comenzar un libro de ficción para no perder el envión de la escritura. Fue entonces cuando me di cuenta de que el vaivén, clave de mi lectura de Borges, también se podía aplicar a mi práctica de la literatura. Podía pasar de lo uno a lo otro y escribir dos proyectos al mismo tiempo. Ese vaivén, ese pasar de uno al otro y dejar que se contaminen mutuamente, ha sostenido desde entonces mi escritura. No es poco lo que le debo a Borges.

* El tamaño de mi esperanza, Buenos Aires, Proa, 1926, p. 74.

CITAS DE LA MEMORIA

Mi profesora de francés admiraba a Flaubert, ya lo he dicho; por ende, yo también, al punto de declarar a quien quisiera oírme que era mejor escritor que Balzac. Pero mi criterio literario (a diferencia de mis afectos) no estaba enteramente sometido a sus gustos. Así, cuando ella declaraba que *L'Éducation sentimentale* era superior a *Madame Bovary* yo me atrevía a disentir aunque no le participaba mi tímido desacuerdo: necesitaba que me quisiera.

Debo decir que con los años mi juicio se fue matizando, pero no por haber releído las dos novelas. Fue más bien un ejercicio de memoria: comparar lo que yo recordaba de cada texto, ver cómo me habían marcado uno y otro, pensar una vez más —por qué no— en mi maestra de francés. Si bien no abjuré del todo de mis convicciones empecé a ver *L'Éducation sentimentale* con otros ojos. Recordé en el texto escenas de un patetismo *louche* que me seducía. Una de ellas, archivada pero no olvidada, se daba hacia el final de la novela. En ella, Madame Arnoux, imposible objeto de deseo del joven Frédéric, lo visita después de muchos años de no verse. Acaso viene, piensa Frédéric, para entregarse: "*Frédéric soupçonna Mme. Arnoux d'être venue pour s'offrir*".

Emocionados los dos, cambian unas pocas palabras pero cuando ella se saca el sombrero Frédéric, trastornado, ve de pronto que el pelo de esta mujer mayor a quien tanto había amado se ha vuelto blanco. El choque brutal — "*Ce fut comme un heurt en pleine poitrine*" escribe Flaubert— disuelve la pasión. Es demasiado tarde, el momento del amor ha pasado; hablan torpemente de cualquier cosa y Madame Arnoux se marcha para siempre.

Por alguna razón, ese desencuentro siempre me emocionó: el detalle del pelo blanco, en un texto por otra parte ejemplarmente económico, que marca el paso de un "lo que no fue" a un "ya nunca será". Fue así como de algún modo cité —las citas no son necesariamente verbales— este pasaje, trasladándolo de la novela de Flaubert a *En breve cárcel*, mi primera novela. De ese modo no solo reforzaba el desencuentro entre mi protagonista y Vera, su ex amante, sino que rendía un último homenaje a mi maestra de francés.

¿Por qué recordé el episodio de Flaubert y lo cité no textualmente sino traducido, podríamos decir, a la anécdota de mi novela? Porque me atraía la tristeza del desencuentro; el pelo blanco, parcamente melodramático, anclaba el episodio con particular eficacia. Y sin duda lo usé también para otros fines: para ejercer yo misma una pequeña venganza personal a través de la literatura. Después de tantos años de impotencia, mi narradora logra hacer desaparecer a Vera de su vida y del relato: una Vera disminuida, que ya no tiene la capacidad de hierirla —de herirme— y que me permite abrir las puertas de la escritura.

EL LIBRO EN LA MANO

El prestigio de verse y ser vista con un libro en la mano: la pose de lectora. Fui sensible a sus encantos muy temprano, antes de interesarme por lo que había dentro del libro. Como aquellos cuadros renacentistas donde el sujeto aparece con un objeto que señala su profesión, jeto aparece con un objeto que prolonga y lo significa —el suerte de metonimia que lo prolonga y lo significa— el médico con su bisturí, el pintor con su pincel, el cazador con su carabina— me imaginaba siempre retratada con un libro y lo sigo haciendo. A veces es un libro que he leído, a veces no. El libro cambia a lo largo de mi vida, es elemento variable pero siempre significativo.

No es que no me gustara leer; pero también me gustaba hacerme la que leía. Me gustan las dos cosas hasta el día de hoy. Por ejemplo, por alguna razón sobre mi mesa de noche hay un librito de tapas de cuero muy gastado que reúne los escritos sobre el pesimismo de Schopenhauer, traducidos al inglés. El librito es negro; no sé desde cuándo lo tengo ni cómo vino a ser mío. Está junto a un crucifijo que era de mi abuela francesa, hecho con balas de la guerra del 14, en cuya base apenas puede leerse una palabra, *Albert*, lugar de uno de los desastres mayores de aquella guerra y —por insólita coincidencia— clave de un relato de Borges. También en la misma mesa

de noche hay una estatuita vagamente andina que muestra dos llamas copulando. Me divierte crear lazos entre estos tres objetos dispares, armar una posible narrativa que ofrezco a mis herederos.

No sé por qué puse el librito allí, no recuerdo haberlo leído. Pienso: si me encontrarán muerta en la cama alguien miraría alrededor, lo vería, y deduciría que lo estaba leyendo; o que era mi libro de cabecera. Se sorprenderían. O no. Y no sé qué pensarían de las llanitas.

Pero digo mal que no he leído el libro. Sin duda lo he hojeado alguna vez, si confío en las tenues marcas a lápiz en el margen en las que me reconozco. Me detengo en un subrayado –“La melancolía atrae, el mal humor repele”– y me digo que debo de haberlo marcado muy joven, cuando buscaba construirme una imagen. Yo era triste, más bien malhumorada: gracias a Schopenhauer, leído saltadamente, pienso que aprendí a ser melancólica. Es el *bric-à-brac* que me define hoy: acaso dentro de un tiempo saque el libro de mi mesa de noche y lo cambie por otro, leído o no por mí. Pero ¿qué hacer con el crucifijo *kitsch* o las llamas desvergonzadas? También son parte de mi lectura. Creo que quedarán.

LISTA DE OBRAS MENCIONADAS

Andromaque (*Andrómaca*), de Jean Racine
 “Autobiography as De-Facement” (“La autobiografía como des-figuración”), de Paul de Man

Bérénice (*Berenice*), de Jean Racine
 “Bliss” (“Éxtasis”), de Katherine Mansfield

Collected Poems (“Poesía reunida”), de T. S. Eliot
Collected Stories (*Cuentos completos*), de Katherine Mansfield

Dictionnaire philosophique (*Diccionario filosófico*), de Voltaire
Don Segundo Sombra, de Ricardo Güiraldes

“El estupor”, de Jorge Luis Borges
El llano en llamas, de Juan Rufo
El tamaño de mi esperanza, de Jorge Luis Borges
En breve cárcel, de Sylvia Molloy
Espacios métricos, de Silvina Ocampo

Facundo, de Domingo Faustino Sarmiento

- Grand Hotel*, de Vicky Baum
- Great Expectations* (*Grandes esperanzas*), de Charles Dickens
- How Green Was My Valley* (*Cuán verde era mi valle*), de Richard Llewellyn
- Jane Eyre*, de Charlotte Brontë
- La Chartreuse de Parme* (*La cartuja de Parma*), de Stendhal
- “La encrucijada de Berkeley”, de Jorge Luis Borges
- “La imitación de la rosa”, de Clarice Lispector
- La Nouvelle Héloïse* (*La nueva Eloísa*), de Jean-Jacques Rousseau
- La pelle* (*La piel*), de Curzio Malaparte
- La vida de Rubén Darío escrita por él mismo*, de Rubén Darío
- Las invitadas*, de Silvina Ocampo
- L'Éducation sentimentale* (*La educación sentimental*), de Gustave Flaubert
- Le Plaisir du texte* (*El placer del texto*), de Roland Barthes
- Le Rouge et le Noir* (*Rojo y negro*), de Stendhal
- Les Caves du Vatican* (*Los sótanos del Vaticano*), de André Gide
- Les Épîtres de l'Amant vert* (‘Las epístolas del amante verde’), de Jean Lemaire de Belges
- Libro de cocina*, del frigorífico La Negra
- “Life of Ma Parker” (‘Vida de Ma Parker’), de Katherine Mansfield
- L'Immoraliste* (*El inmoralista*), de André Gide
- Little Elephant Comes to Town* (‘El pequeño elefante llega a la ciudad’), de Doris Escourt

- Ma cuisine* (*Mi cocina*), de Auguste Escoffier
- Madame Bovary*, de Gustave Flaubert
- Mariamela*, de Benito Pérez Galdós
- Mariposas*, libro de primer grado con ilustraciones de Jorge Argerich y textos de Cecilia Borja y Luisa Buren
- de Sanguineti
- Mémoires d'un âne* (*Memorias de un asno*), de la Condesa de Ségur
- Nancy Drew Mystery Stories*, serie de novelas firmadas por el seudónimo Carolyn Keene
- Obras completas*, de Jorge Luis Borges
- Pedro Paramo*, de Juan Rulfo
- Phèdre* (*Fedra*), de Jean Racine
- “Pierre Ménard, autor del Quijote”, de Jorge Luis Borges
- Recuerdos de provincia*, de Domingo Faustino Sarmiento
- “Rhapsody on a Windy Night” (‘Rapsodia de una noche ventosa’), de T. S. Eliot
- Studies in Pessimism* (‘Estudios sobre el pesimismo’), recopilación de obras de Arthur Schopenhauer
- The Blue Nile* (*El Nilo azul*), de Alan Moorehead
- The Canterbury Tales* (*Cuentos de Canterbury*), de Geoffrey Chaucer
- The Cocktail Party* (‘El cóctel’), de T. S. Eliot
- The Old Curiosity Shop* (*La tienda de antigüedades*), de Charles Dickens
- Toi et Moi* (‘Tú y yo’), de Paul Géraudy
- Tristes Tropiques* (*Tristes trópicos*), de Claude Lévi-Strauss

Veinte poemas para ser leídos en el tranvía, de Oliverio Girondo

Y así sucesivamente, de Silvina Ocampo

ÍNDICE

Un posible comienzo	7
Escucho libros	9
Lectura y sufrimiento	11
El libro como artículo de viaje.....	13
Encuentros clandestinos	15
Lectura y amor.....	17
Vivir las lecturas.....	19
Leer el género.....	21
Lector y maestro, <i>In Memoriam</i>	23
Reconocimiento	27
Degustación de la letra.....	29
Vocación	31
Literatura y cotarro	33
Leer en traducción.....	35
Hurto poético.....	37
Dar una mano	39
Libro y amistad	41

Viajar con libros.....	43
Más mariposas.....	47
Libro y celos.....	49
Vine a Comala.....	51
El libro como punto de partida.....	53
Irreverencia.....	55
De otros usos de los libros.....	57
Padre del aula.....	59
Otro Sarmiento.....	61
Borges, <i>encore</i>	63
Citas de la memoria.....	65
El libro en la mano.....	67
Lista de obras mencionadas.....	69

Esta edición se terminó de imprimir en octubre de 2017
 en Gráfica MPS, Santiago del Estero 338,
 Lanús Oeste, Buenos Aires, Argentina